



Parorama de Sorrento.

EL DIOS DE SORRENTO

EL dios de Sorrento es antiguo como el Mediterráneo.

Antes de que los colonos de Cumas llegaran a la ribera, él ya vivía allí, bebiendo la leche de las cabras, apoderándose de los panales de las avispas silvestres, pescando con tridentes de hueso al sol del mediodía.

No es un dios rudo y heroico; no fué desterrado del Olimpo por la sencilla razón de que no habitó jamás en él, ni nunca tentó robar el fuego de las grandes potestades como lo hiciera su poderoso primo, el desdichado titán Prometeo.

Es un dios amable y pequeño; tan pequeño como los *putti* de Lucca della Robbia, o como el *genietto* alado del Verrocchio. Quienes lo han visto entre los viñedos, deslizándose bajo los pámpanos, dicen que tiene el pelo dorado, la piel morena, los ojos azules, y que habla en napolitano.

Otros lo han sorprendido junto a la marina, conversando con los peces que asomaban para escucharlo sus cónicas cabezas salobres, y un pescador que había visitado la galería Borghese contó que en ese momento el mar y el cielo estaban tan verdes

como en el cuadro del Veronés donde San Antonio predica a la grey sumergida. Pero todos guardan el secreto cuando un extranjero pregunta por el dioscello que habita desde tiempo inmemorial en la bahía de Castellammare. Es un secreto sagrado; a todos pertenece y sin embargo todos callan.

En Nápoles pregunté por el pequeño dios a los *lazzaroni* llenos de moscas y pereza, a los viejos conductores de *carrozze-ile*, a los niños más dulces y sucios de Marechiaro. Nadie quiso contestarme, aunque en el fondo de todos los ojos vi una misma luz de malicia y misterio.

Decidí entonces ir en su busca, y sin más equipaje que la Iliada vertida al italiano por Vincenzo Monti, tomé en Nápoles el *trenino* que conduce a Sorrento.

Pensaba leer en el viaje, pero no pude. La docencia y el encanto del paisaje italiano vencen las débiles barbacanas del libro. En el libro vibra, lejanamente, una vida que fué otrora poderosa y se decanta la miel inteligible de la especie. Pero el paisaje es la vida misma y en él vuela la abeja perenne de la belleza. En el paisaje se acunan mutuamente y se determinan en

reciprocidades seculares la naturaleza y la historia, el hombre y su patria terrestre, la geología y el arte. Hay paisajes sabios, labrados por cientos de generaciones y dic-

tando perpetuas enseñanzas al viandante con su pedagogía caudalosa; hay, en cambio, panoramas de feroz expresividad natural pero vacíos de hombres, ayunos de tradición, huérfanos de cultura. El paisaje es el hijo del espíritu europeo y el panorama es el padre del telurismo espiritual del americano.

Yo recuerdo nuestras colinas herbáceas salpicadas de ganaderías, de arisca soledad, mientras contemplo el humanizado ruedo del paisaje napolitano.

La melancolía crepuscular que fluye de la Torre del Greco, el rumor de los astilleros y el humo naval de Castellammare, y las ruinas de Pompeya, apenas visibles tras los pinos parasol, son los elementos significativos que dan sentido antropológico a los solares donde un día ardió la lava.

Y al descubrir sobre el cielo ya tenuemente tenebroso, lleno aún de estrias de oro, el perfil de estas siluetas aureoladas por centenario prestigio, yo, viajero humilde, recojo la lección de un magister más docto que todos los libros y de una escultura más bella que toda la estatuaría de los museos.

Sin embargo mi pensamiento está puesto en Sorrento y cuando el sol quema sus naves en el mar detrás del promontorio de Posillipo, obedeciendo a una inspiración subita, abro al azar la Iliada, pregunto con



Las estrechas calles, cercadas por casas centenarias.

OBRAS MAESTRAS

Nº405

O.K.

LA ETERNA PRIMAVERA
A. ROBIN

mi corazón al divino ciego si hallaré al genio tutelar de la costiera, y, ayudado por el último resplandor, leo:

"Disse; e il gran figlio di Saturno i neri Sopraccigli inchinò. Su l'immortale Capo del Sire le divine chiome Ondeggiaro, e tremonne il vasto Olimpo".

El *trenino* se detiene en Sorrento. La noche acaba de cerrarse. Aunque estamos a fines de otoño, el aire, suave y húmedo, acaricia como una canción de pescadores.

Pregunto por el hotel Tramontano. Donde se levanta hoy este hotel, en una casa medieval susperdida sobre el Mediterráneo, nació Torcuato Tasso en el año 1544.

El hotel, sin turistas, sumergido en un vergel de magnolias, rosales y naranjos, flanqueado por pinos y enredaderas que abren campánulas blancas, reposaba en la sombra, de espaldas al mar.

—¿Lei vuole la camera dove nacqui il Cigno di Sorrento? — inquires un obsequioso botones, mientras busca desolado mi inexistente equipaje.

Aunque la casa del Tasso no se halla tal cual era primitivamente no me desagrada la idea de evocar, sobre sus pétreos cimientos, el fantasma del poeta. Tal vez su doliente espíritu, todavía fraguando historias de Armidas y Reinaldos, me proporcione las señas del dios de Sorrento, sin duda tutor de su infancia estudiosa y melancólica. Ya estoy en la habitación. El botones, que por su sola sonrisa se ganó cien liras, se retira llamándose *Commendatore*.

Abro de par en par la ventana y escucho a mis pies el resuello nocturno del Mediterráneo. A lo lejos, abrazando la bahía que vigila el Vesubio, brillan las luces de Nápoles, parpadean, se apagan a veces y reaparecen luego como luciérnagas húmedas, emergiendo del agua inmemorial y misteriosa.

Son ya las diez. Sorrento duerme cuando salgo en busca de su genio tutelar. Mis pasos resuenan en las viejas losas del pa-



La costa sorrentina a vuelo de pájaro.

vimiento que pisaron otrora centuriones, piratas, frailes y bailarines de tarantela. Las calles estrechas, cubiertas por arcadas, ceñidas por casas centenarias, recogen los ecos y éstos trepan los muros amparados por la hiedra, rebotan en los huertos donde crecen nogales espesos y se pierden al fin en las escalinatas hondas, tapizadas de musgo y pobladas por sapos, que descienden hasta los niveles del mar.

Atravieso viñedos mirúsculos y olivares que cuidan familias como a deudos queridos, calzando cada árbol con redondos cantos, rodeándolo amorosamente con volcánica tierra.

Voy subiéndome lentamente. Sorrento está engarzada en un acantilado, rampando sobre una costa que asciende hacia el interior del país.

Ocho siglos antes de Cristo los griegos de Cumas fundaron la población primitiva; la Sibila no había todavía contestado a las preguntas de Tarquino cuando el alma sibilina de los argonautas del Ponto ya descubría la sede de la belleza gloriosa.

Porque en Sorrento la belleza celebra un perpetuo jubileo.

Sorrento es perfecta y armoniosa como un verso adónico. Bajo sus rodillas de lava y sobre sus espaldas floridas se siente el temblor casi animal de la naturaleza. Un profundo acorde brota de sus labios de piedra que el Tirreno muere con blandos dientes de espuma. Late su corazón tranquilo en los jardines, donde la rosa festeja su apogeo y el lirio levanta sus basílicas puras. Un cielo sin rigor duerme sobre sus naranjales. Un mar surcado por deidades y perfumado por mitos la circunda con guirnalda de heliotropos. Un viento suave le cuenta en sus siestas secretos que ruborizan a las vírgenes y por la noche la cubre de palomas azules.

—¿Pero adónde está tu dios, Sorrento llena de campanas, que dejas caer tus horas como gotitas de mercurio descendiendo de las estrellas?

Vuelvo a mi habitación con el canto de los segundos gallos. Apago la luz y me acodo en la ventana. El resplandor del cielo

ha empalidecido la industria de los hombres. Nápoles titila apenas, en la remota ríngla de su balastrada, gastada por los himnos tejidos en su alabanza. Arde el firmamento; parece sentirse el crepitar remoto de las brasas solares, el concierto pitagórico de las constelaciones, la música errante de los cometas. El Sagitario flecha la cola de Escorpio, que yergue su plateado aguijón entre mundos caducos y asteroides infantiles. El Pegaso vuela entre nebulosas bajo la doble mirada celeste de Andrómeda y Casiopea. Antares requiebra a Vega, encendida en la Lira como un tañido angelico. Y la estrella Polar, severa y solitaria, despierta mi nostalgia por la apasionada Cruz del Sur, encendida tras el párpado del Océano.

—Oh cielo enorme y milenar, ¿me dirás tú, acaso, en qué carro de planetas viaja el dios de Sorrento?

Pero sólo contesta la voz del mar. El mar es también un dios, un dios dormido, cuya respiración rítmica crece bajo mis pies con vaivén de profecía. Es el mismo mar de Ulises, el negro Ponto con aguas color vino de la Odisea. Inmensos lagares sumergidos fermentan el vino arcaico de su crátera, que el cielo cierra con tapas de relámpagos y el día levanta con alas de enrojados soles.

Por la mañana, junto a la costa, es verde como el relincho de los hipocampos, y en su lecho, revelado por las aguas transparentes, los corales construyen sus edificios de dura sangre.

Más adentro, donde su profundidad es mayor, tiene un bello color azul. El azul del Mediterráneo es un azul único, un azul carnal y mineral a un tiempo, un azul denso y tenue, atravesado por cerbatanas de luz y defendido por escudos de sombra, un azul de crustáceo empavonado o de polvo de alas de mariposa derretido en el fuego del cielo.

Pero esta noche su color no se divisa; sus hondas praderas se pueblan de toros submarinos y una sirena lúgubre musita su lamento sobre ciegas criaturas.

Escucho su rumor; es el ruido de la resaca del Caos, cuando la tierra y las aguas superiores e inferiores giraban juntas en el espacio.

Suena viejo mar, golpea tus panderetas de lunas amarillas, reflota a tus muecos

hinchados como odres, entona tus cantatas en los arrecifes erizados de espadas y floridos de naufragios.

Pero el mar es sordo y sopla sus trompetas hebreas y hace aullar a los tritones con látigos de algas.

Treinta metros debajo de mi balcón se atempera la voz terrible que acongoja el horizonte. El agua narra su prehistoria, evoca a los seres paleozoicos que bullían junto a la costa en el antepasado sero cálido; recuerda los desembarcos de los mercaderes fenicios, las escalas de los trirremas griegos, el cabotaje de las pesadas galeras romanas; estremece a los acantilados con ruido de besos, y cansada de tantos siglos y leguas, pliega sus túnicas de yodo, rinde sus bayaderas de sal y apaga sus blancos clávecos en la yacente marina.

—Mar Mediterráneo, dormido abuelo, padre de pueblos, caudillo de ciudades, ¿adónde se esconde tu pequeño pescador, tu dios diminuto de Sorrento? Y ahora es el mar quien calla. La brisa se recoge en sí misma, se ovilla dulcemente como una anémone y una quietud universal gravita sobre la nocturna costiera.

Pero no dura mucho el silencio. Alguien canta en Sorrento.

Es una voz desgarrada y purísima; el rocío humano sobre la flor del llanto, el adiós de un caído arcángel a su patria de oro.

Crece y desciende, tiene el tacto y alas, con breves pies de música, con rosados talones de duende, golpetea sobre los tejados somnolientos, y como Ariel cabalga los murciélagos que brotan en aterciopeladas escuadrillas desde el fondo de las grutas.

Jamás había escuchado yo una canción tan hermosa y triste. No entendía las palabras pero comprendía todo cuanto quería decir. Era el canto a la belleza inmortal, la alabanza de la vida al borde del mar, del amor sobre las islas, de la muerte bajo los pinos. Era el lenguaje del cielo radiante de los días y estrellado de las noches, el coro entusiasta del mar, el madrigal íntimo de los paisajes.

Era la voz sagrada de un pueblo ardiente y melancólico, pobre y bueno, doloroso y gentil.

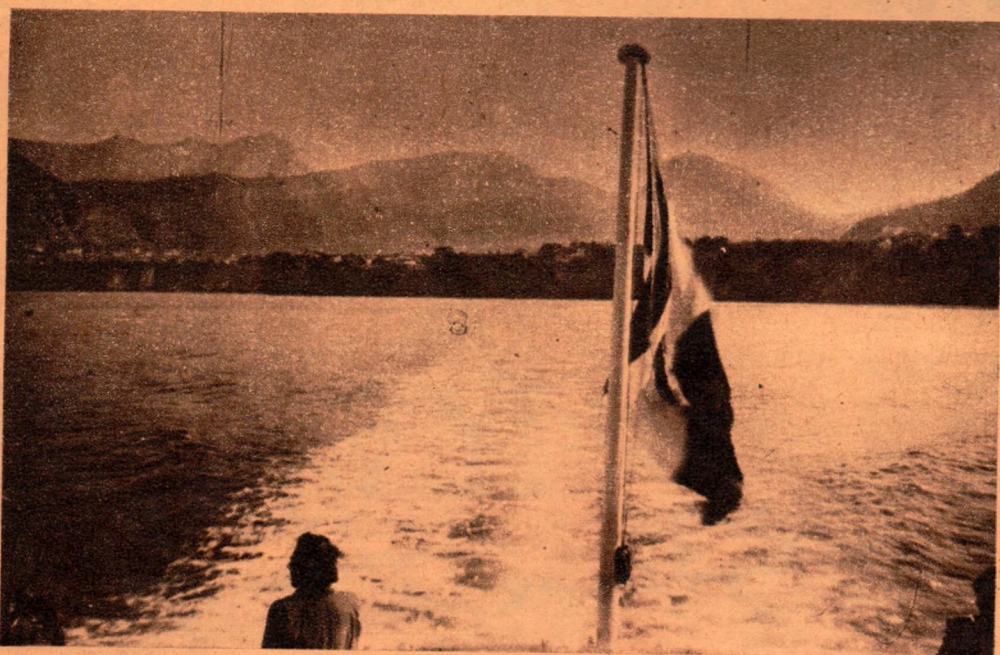
No tenía necesidad de buscar más.

Había encontrado al dios de Sorrento.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).

Sorrento, noviembre de 1951.



Sorrento vista desde el "vaporetto" que hace la travesía a Capri.